

SI HAY QUINTO MALO

Feliciano llegó a los setenta años hace dos semanas. Su nombre no le propició lo que le ofrecía. Nunca fue feliz, ni en su niñez, menos en su matrimonio y nada en su trabajo. Ya viejo sus hijos le quitaron todo y lo enviaron a la calle. Fue de un lado a otro, de una oficina a otra, de un taller a otro. Él sabía escribir hasta en computadora pero también era bueno en plomería y un poco menos en carpintería, pero sabía hacer un librero o una mesa. En ningún lugar lo aceptaron por su edad, a pesar de que él juraba, y era verdad, que su salud era buena. Una cosa es que ya no tenga dientes o cabellos y otras que no pueda trabajar, se decía una y otra vez.

Viajó a Guaymas, Sonora a visitar a su hija y a sus nietos, con intención de vivir con ellos el resto de su vida. Fue bien recibido, lo llevaron varias veces al mar y punto. A los quince días la hija le preguntó que cuando se iba a regresar, que el cuarto donde dormía era de Poncho, el segundo hijo de ella. Y se regresó. Le regalaron al irse un bulto con tortillas de harina de las que se hacen en casa, algo de carne seca, un six de cervezas que en esa región nunca deben faltar y un sobre con mil pesos, con los cuales pagó su boleto y sus alimentos. Afortunadamente él pertenecía a la tercera edad y los boletos del autobús le costaban la mitad. Ya otra vez en México se dedicó a buscar trabajo. Su hijo nunca lo quiso recibir. Su casa, que era de él, aunque chica era bonita. Mal hizo en cedérsela en vida a Sebastián. Ahora ya ni llorar es bueno.

Dejó de tener dinero para pagar un hotel de segunda, bajó a uno de tercera, después a uno de cuarta y por último a uno de quinta. El siguiente paso, que tuvo que dar por fuerza, fue vivir en la calle. El poco dinero que le quedaba era para comer y eso que comía muy poco. Algo de leche con un biscocho en la mañana, una torta o unos tacos al medio día y en la noche

otra vez repetía el biscocho, sólo que ahora con café. Por falta de dinero suspendió el desayuno. Después suspendió la cena. Se moría de hambre. Tomó una decisión que le costó mucho trabajo. Lo primero que pensó fue solicitar ayuda a la empresa para la que trabajó. Jamás le darían nada. Después pensó en robar. Si tanta gente roba por qué él no. El robaría por necesidad. No pudo, su moral era más fuerte que él. Lo último que se le ocurrió, y fue a lo que tuvo que acceder, fue a pedir limosna. Se acordó de los viejos tiempos en que él era el que la daba.

Consiguió un bote ya usado, se puso su peor ropa, se dejó crecer la barba -él que era tan pulcro-, le hizo un agujero a sus zapatos y buscó el sitio para solicitar ayuda. Eso no lo pensó mucho. Tiene que ser junto a un iglesia. Ahí siempre hay alguien que da para limpiarse sus pecados. Se colocó cerca de la esquina. Ese día llegó a las siete de la mañana. ¿Pero cómo pedir? ¿Qué cosa decir? Puede ser: una ayuda por favor o socorran a este pobre viejo. Recordó como decían los pordioseros cuando era él niño y eso fue lo que dijo. Denme un quinto por el amor de Dios. Nadie tenía quintos para darle y así llegó la noche y otras noches. El viejo murió pidiendo su quinto. En definitiva sí hay quinto malo.

Tomás Urtusástegui

Enero 2007